

Alessandro Gatti
Davide Morosinotto

¿QUIÉN ENGAÑÓ A JEAN MOUSTACHE?

Ilustraciones de
Stefano Turconi

Traducción de Andrés Prieto



laGalera

Primera edición: noviembre de 2014

Maquetación: Endora disseny
Textos de Alessandro Gatti y Davide Morosinotto
Ilustraciones de Stefano Turconi

Título original italiano: *Chi ha incastrato Jean Moustache?*
Título original de la serie: *Misteri coi baffi*
Edición original publicada por Edizioni Piemme S.p.A.
Editorial project by Atlantyca Dreamfarm S.r.l., Milano

Edición: Marcelo E. Mazzanti
Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir
Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

© 2014 Atlantyca Dreamfarm s.r.l., Itàlia
© 2014 Andrés Prieto por la traducción

International Rights © Atlantyca S.p.A., via Leopardi 8 - 20123 Milán - Italia
foreignrights@atlantyca.it - www.atlantyca.com

Todos los nombres y caracteres de este libro son propiedad de Atlantyca Dreamfarm s.r.l. en su versión original. La traducción o adaptación de los nombres también son propiedad de Atlantyca S.p.A. Todos los derechos reservados.

La Galera, SAU Editorial
Josep Pla, 95 – 08019 Barcelona
www.editorial-lagalera.com lagalera@galeraeditorial.com
facebook.com/editoriallagalera twitter.com/editorialgalera

Impreso en Liberdúplex
Pol. ind. Torrentfondo
08791. Sant Llorenç d'Hortons

Depósito legal: B-18.019-2014
Impreso en la UE
ISBN: 978-84-246-5236-4

Cualquier tipo de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta al CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que autorice la fotocopia o el escaneo de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

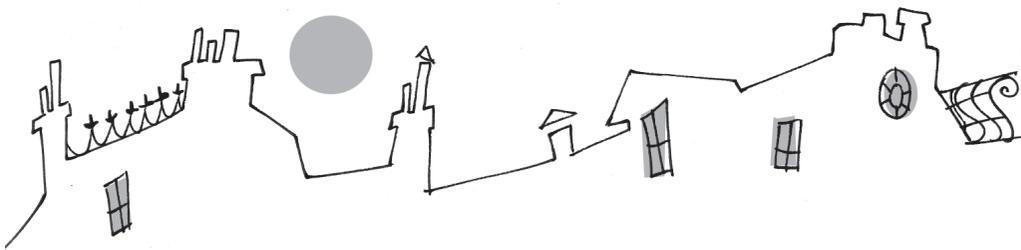


Capítulo 1

La educación felina

Nadie conoce París mejor que un gato parisino. Y entre todos los felinos que viven en la gran capital de Francia, ninguno se conocía tan bien las callejuelas, los tejados y las cornisas como Dodó el Marsellés: un gato callejero medio pelado y flaco como una sardina, pero quizá por eso siempre ágil y ligero.

Aún era muy pronto cuando Dodó se escurrió silencioso como una sombra entre las casas del barrio de Montmartre. Saltando entre ventanas y balcones, el gato subió hasta la basílica del Sacre Coeur, caminó a buen paso hasta



una callejuela tranquila y se detuvo delante de la puerta de un restaurante de aspecto lujoso.

El rótulo que colgaba delante de la puerta, escrito con unas elegantes letras doradas, ponía LA CLEF D'OR.

A aquella hora, el local todavía no había abierto sus puertas, pero eso no suponía ningún obstáculo para un gato astuto como Dodó. El minino se fue a la parte trasera del edificio y arrimó el hocico contra la puerta de servicio de la cocina: sabía que la cerradura era un poco defectuosa, y, efectivamente, un momento después la puerta se abrió con un leve clic, y el gato se coló en el interior a escondidas.

De repente, su sensible olfato felino se sintió atraído por un delicioso aroma de salchichas, que se columpiaban colgadas sobre un pequeño fogón apagado entre ristras de ajos, botes de especias y manojos de hierbas aromáticas.

54

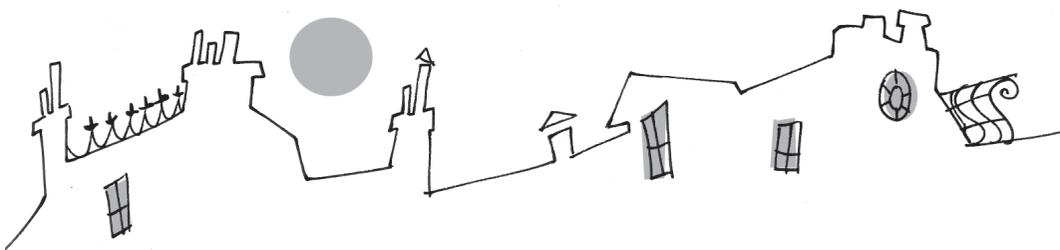


La Clef
d'Or

FRUITS
et
PRIMEURS
CHOCOLAT-VANILLE

Degustation
VINS
d'ALSACE
et de
BOURGOGNE

Cuisine
AFFINEE



El gato ya se había erguido sobre sus escuálidas patas y estaba a punto de lanzarse sobre su desayuno cuando oyó un débil maullido detrás de él:

—¡Dodó! ¿Qué haces aquí?

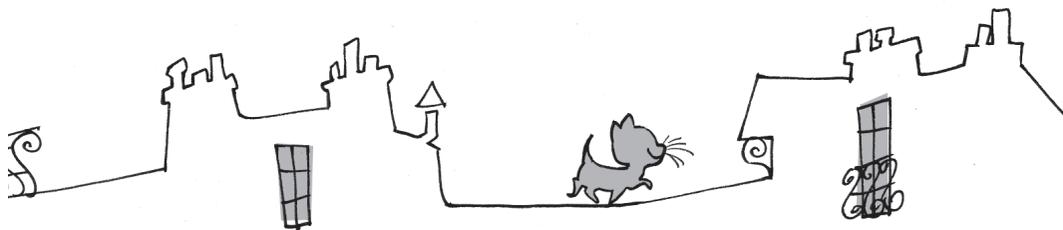
Un gatito de pelo atigrado surgió de detrás de un mueble de la cocina. Se frotó el hocico con las patas y soltó un poderoso estornudo:

—¡Aaachíís!

—¡Salud, Ponpon! —maulló Dodó, que era un gato callejero educado, e inmediatamente añadió—: Yo, ejem, había venido a... a visitarte, ¿eso mismo!

El gatito se enroscó en el suelo:

—Ah, ¿sí, de verdad? ¿Querías visitarme a *mí*... o quizá a las salchichas frescas de mi amolimentador? ¡Ya sabes que esas salchichas no se tocan! Sino, ¿qué le servirá al embajador de Inglaterra a la hora de comer?



El amo de Ponpon era, en efecto, el famoso chef de La Clef d'Or, y su cocina estaba repleta de alimentos deliciosos de toda clase.

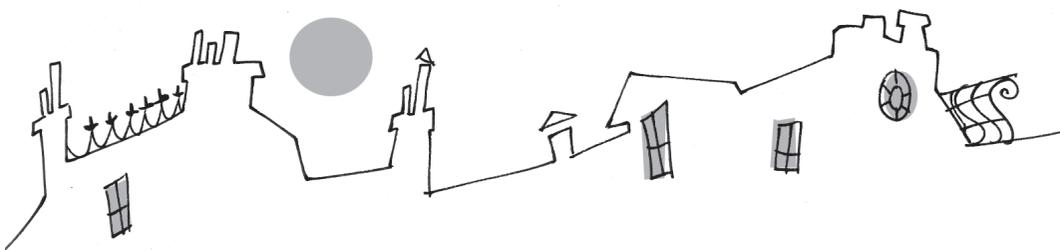
Ponpon se acercó a su amigo vagabundo y arrugó el hocico:

—A juzgar por cómo hueles, vienes directamente del mercado de pescado. ¡Ya me imagino lo lleno que debes de haberte quedado de todo lo que has comido allí!

Dodó tosió, incómodo. Sí, había estado en el mercado, pero Felouche el Bizco y su banda de pelagatos habían llegado antes que él y se habían llevado los bocados más sabrosos. Por eso el Marsellés se había metido en el restaurante, esperando poder birlar algo de manduca sin que nadie le molestase...

—¡No digas tonterías! —gruñó—. Había venido para... en fin... ¡para invitarte a comer!

—¿A comer? —repitió Ponpon—. ¡Pero si ya



sabes que vivo en un restaurante! Aquí tengo toda la comida que quiero.

Dodó rio por lo bajo con un aire de felino de mundo:

–Los gatos tienen siete vidas y los restaurantes solo una, chiquillo. ¡Nunca olvides esto! No siempre habrá un chef dispuesto a servirte un platito de comida, y por eso ha llegado el momento de enseñarte algo de educación felina. ¡Tienes que aprender a apañártelas solito!

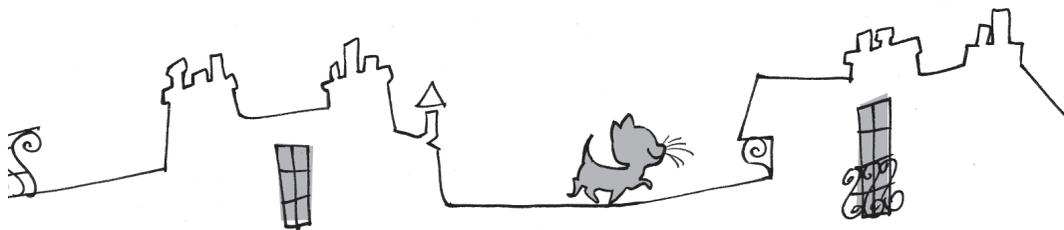
–Si tú lo dices... –dijo Ponpon encogiéndose de hombros.

El gato vagabundo sacó las zarpas y se las miró con indiferencia:

–Dime... ¿No será que tienes miedo?

–¡¿Tengo cara de miedo?! –resopló Ponpon con un punto de insolencia–. Venga, ¿por dónde empezamos?

Dodó asintió con aprobación.



—¡Sígueme!

Los dos felinos salieron de la cocina y de un salto desaparecieron por las callejuelas. Dodó estaba contento de haber encontrado compañía: ir de cacería en solitario era muy aburrido... Ahora, sin embargo, tenía que conseguir comida para dos (porque Ponpon, aunque era pequeño, comía como un tigre de Bengala).
¿Adónde podía ir?

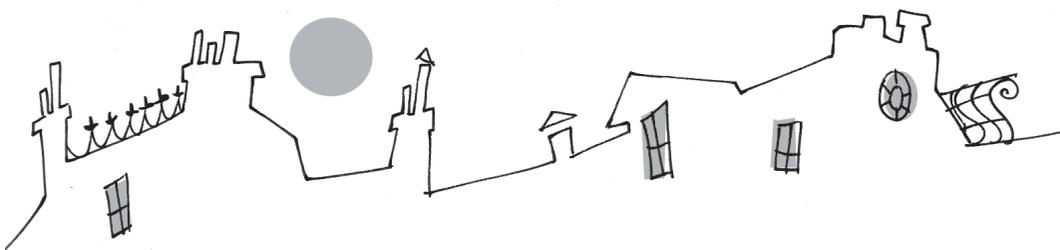
—¡Ya lo tengo! —maulló de repente—. ¡A la cárcel!

—¿Y qué es una cárcel? —preguntó Ponpon, caminando a buen paso a su lado.

—Es como una jaula para gatos —explicó Dodó—, pero, en vez de meter felinos, ponen humanos.

—¿Y por qué los humanos tienen que capturar a otros humanos y meterlos en jaulas?

Dodó, perplejo, meneó los bigotes. La verdad



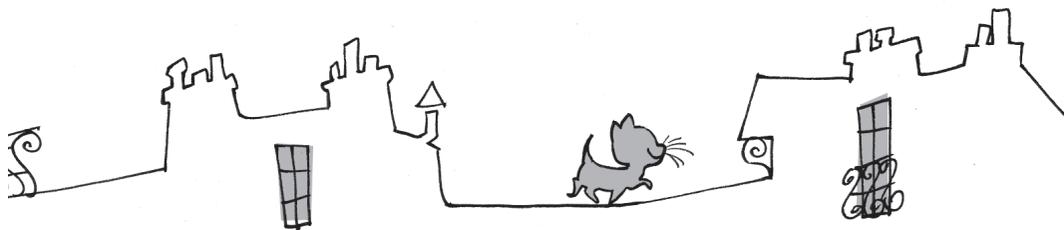
es que no tenía ni idea. Así pues, se limitó a encogerse de hombros, como diciendo «no hay quien los entienda».

El cocinero de la cárcel de París se llamaba André Panchout, y era un hombretón rechoncho con unos dedos como longanizas. Era un señor muy amable y tenía debilidad por los gatos, a los que siempre ofrecía un bol lleno de suculentas sobras.

La cárcel de La Santé estaba en el barrio de Montparnasse, bastante lejos para llegar a pata. Dodó, no obstante, vio el carrito de un lechero que circulaba en la misma dirección y él y Ponpon lograron saltar encima.

En el interior, el astuto vagabundo levantó la tapadera de un bidón de leche y metió la cabeza. Cuando la sacó, tenía los bigotes blancos y chorreando.

—¡Mmm, deliciosa! —exclamó—. ¡Y en un



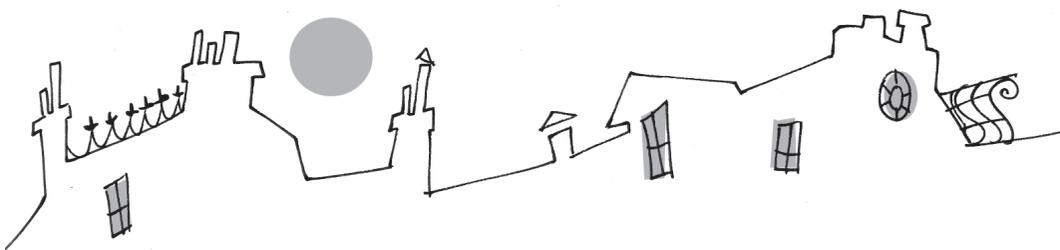
momento también menaremos los bigotes!

Debía de ser el día de suerte de Dodó, porque el lechero tenía que hacer el reparto precisamente en Montparnasse y, de esa manera, los gatos pudieron bajar cómodamente en una esquina cercana a la cárcel.



Dodó condujo a Ponpon por un complejo trayecto que pasaba por encima de una garita, saltaba una verja y finalmente desembocaba en la parte superior del muro que rodeaba el centro penitenciario.

Estando allí arriba, los dos gatos pudieron contemplar bien la cárcel, con sus



edificios de ladrillo rojo dispuestos en forma de estrella. Había torres de vigilancia en todas las esquinas, gruesos barrotes de hierro en las ventanas y policías de aire huraño apostados por todas partes.

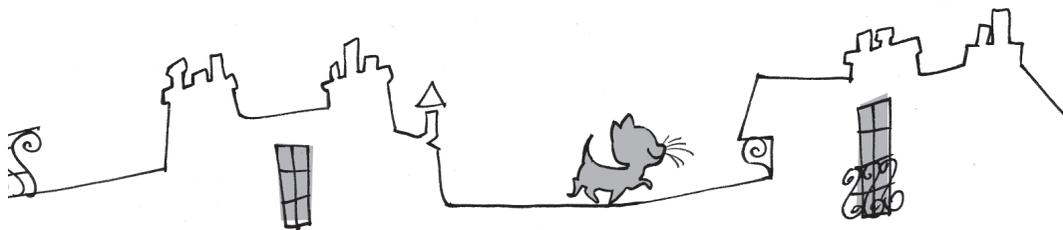
—¡Qué lugar más horrible! —comentó Ponpon meneando la cola—. Y aquellos de allí, ¿por qué visten todos iguales?

En el patio que tenía justo debajo, un grupito de personas con traje a rayas blancas y negras caminaban en círculo, bajo la mirada atenta de dos vigilantes.

—Son los presos —explicó Dodó—. Es su hora al aire libre. Espera un momento... ¡Pero si a aquel lo conozco!

El gato callejero asomó el hocico para mirar hacia abajo.

Sí, sí, no podía equivocarse. Entre los presos destacaba un hombre ya mayor, con el pelo



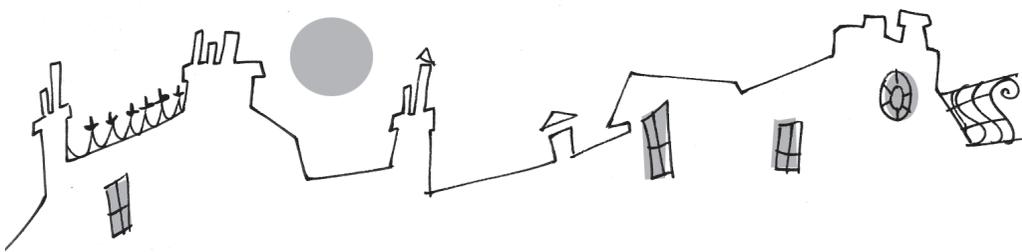
blanco y una gran nariz de patata. Caminaba cabizbajo con los demás y tenía una expresión tan triste y desconsolada que hacía que el corazón se encogiera.

—¡Es el señor Jean Moustache! —exclamó Dodó.

—¿Moustache? —repitió Ponpon, confuso.

—¡Sí, es un viejo amigo mío! —continuó el Marsellés—. Trabaja como contable en una fábrica de caramelos. Es un simpático viejecito que cuando me ve siempre me da un trozo de pan o un poco de leche. ¿Cómo es posible que un hombre como él haya acabado en la cárcel? ¡El señor Moustache no le haría daño ni a una mosca!

Entonces un agudo silbido rasgó el aire: los policías dieron un paso adelante y ordenaron a los presos que volviesen a sus celdas. La hora de patio había acabado.



–Oh, oh –maulló Ponpon–. ¡Ya se van!

–Sí, y nosotros también –recalcó Dodó, decidido–. Acompáñame, pequeño. ¡Quiero sacar algo en claro de todo esto!